

# El Sudor del Obrero

Órgano de las Sociedades y de la Agrupación Socialista Obrera de esta Ciudad

Gratis á los Socios



Redacción y Administración: Palacios, 44



No se devuelven los originales

## La Commune

Treinta y seis años van transcurridos desde el movimiento del pueblo de París; durante este lapso de tiempo todos los años, donde quiera que haya habido siquiera un grupo de obreros conscientes, se ha conmemorado aquel triunfo, aunque de corta duración, del pueblo administrando y dirigiendo sus destinos.

La imparcialidad en la dirección, la honradez en la administración, la tranquilidad con que entregaron sus vidas sus mayores defensores, todo esto demuestra, que causas como las de la *Commune* crea prosélitos; y visto se está, que la Internacional aumenta por días y cada vez dá más importancia á aquel hecho, que, aunque considerado hoy como un ensayo, bastante enseñanza hemos tomado de él.

La burguesía francesa, como la de todo el mundo, creyó podía dormir tranquila después de la semana sangrienta, ¡cuánto se equivocaba!; la sangre vertida por aquellos mártires de la idea ha sido fructífera; desde entonces acá, nuestro ejército aumenta y terminará con este sistema de sociedad inhumana.

\* \*

En este mes ha hecho 24 años de la muerte de Carlos Marx, del sabio insigne, del hombre desinteresado que pasó toda su vida luchando por el mejoramiento de los proletarios, de aquel que dijo:

«¡Proletarios de todos los países, uníos!

¡La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos!»

Honremos la memoria de tantos como se han sacrificado por los ideales que sustentamos, imitándoles y extendiendo la sana doctrina.

## B. L. M.

Lo han recibido muy atento del señor Alcalde al tomar posesión de su cargo, todas las colectividades obreras, como igualmente esta Redacción.

En nombre de todos y en el nuestro damos las gracias al señor Ruiz López por su atención, y le manifestamos que puede contar con nosotros para todo aquello que sea en beneficio general del pueblo y en particular de los trabajadores, y aplaudiremos toda gestión buena de la Alcaldía; pero en los casos dudosos, una vez hecho el análisis, censuraremos lo que censura merezca.

## ¡Adiós, madre mía!

Es la víspera del día en que han de ingresar en filas los reclutas. Los de Frechilla, ya van andando los seis kilómetros que separan el pueblo de la estación de partida; todos al parecer van alegres y contentos, pensando quizás en aquellas fábulas fantásticas que han oído contar, primero al maestro cuando eran niños y más tarde á sus vecinos que del servicio habían vuelto.

Al llegar al puente de Albarrosa, último punto desde donde se divisa en plano todo el pueblo, uno de los del grupo se para y dice á los demás:

—Seguid andando; en seguida os alcanzaré; voy á dar el último adiós desde aquí á mi madre, á mi novia y á mi pueblo, porque antes de una hora habrán desaparecido de mi vista.

Serapio quedó solo y pensativo, y cuando ya no se oían los cánticos

de sus compañeros y todo permanecía en silencio, se pone en pie, dirige una mirada al pueblo, y exclama para sí, en oculta peroración:

— ¡Adiós, madre mía! Esas lágrimas que hace un momento derramabas al verme arrancar del hogar son consecuencia de aquellas enseñanzas patrióticas que metieron en mi cerebro cuando era un niño, de aquellas sonrisas que á usted se la escapaban cuando nos veía enredar á los *chindas* y á las *guerras*; son consecuencia de un régimen de desigualdad y de injusticia que existe sobre la tierra, porque si usted me crió y me alimentó hasta que yo pude trabajar y ayudarla, ¿con qué derecho nadie me arranca de su lado y me lleva á defender lo que no me interesa? Yo no tengo más que una madre, que es usted, y para defenderla no necesito fusil ni bayoneta, ni que me vistan de colores; los dientes y las uñas me serían lo bastante para arrollar al enemigo si intentara saquear su casa, pisotear su dignidad ó arrebatarse sus derechos.

Nunca he podido comprender que un mismo individuo tenga dos madres á la vez, porque tú no lloras, *madre patria*, al ver que tus hijos emigran de tu lado, dejando tus pueblos medio desiertos, en busca de lo que una madre nunca ha negado á sus hijos, un poco de pan; tú no tienes cariño á nadie, porque mandas á tus hijos que se maten unos á otros; tú quieres que te den los hijos ya criados, sanos y robustos, en la edad en que con más valor pueden defender los intereses de los que ni producen ni trabajan y comen y beben bien; tú ni lloras ni sufres, ni tienes cariño de madre.

Adiós, amada Isidra; también de tus mejillas se han escapado lágrimas silenciosas cuando de tí me despedía, como queriendo maldecir al causante de nuestra separación.

Ya ves lo que es la sociedad actual: aquel que tiene la desgracia de ser pobre, le separan de sus padres, de su cariño y de su pueblo, para llevarle á unos caserones grandes, donde tiene que fregar, barrer y hacerse la cama, ó mejor dicho, poner bien las cuatro tablas con dos cabezales que le dan por lecho. ¿Y este es el deber tan *sagrado* que tenemos todos que cumplir con la *madre patria*? Si *sagrado* es, ¿por qué no vienen á cumplirle todos, sin distinción de categorías ni de fortunas, y más los ricos que los pobres?...

Adios, querido pueblo; tú, que fuiste durante veinte años testigo de este cariño tan grande que te profesó, defendiéndote con mil discusiones y trabajando tus campos, maldice conmigo al que me separa de tu lado, llevándose también á esos cinco chicos, lo mejorcito que te que laba. Maldice á este régimen injusto y desigual; maldice á la sociedad entera, que es la causante de todas las injusticias. Contempla á esas madres tristes y llorosas que piensan en la suerte de sus hijos; contempla á esas muchachas que ven ahogadas en germen todas sus ilusiones, á esos trenes repletos de carne humana que á carrera vertiginosa se dirigen á las capitales en todas direcciones, á este movimiento que hoy se lleva á cabo en toda España. En fin; quédate ahí llorando la desventura; mis compañeros se alejan y es necesario alcanzarles...

A los veinte minutos Serapio ya formaba parte de aquel montón de jóvenes que se apiñaban en el tren. Y les iba diciendo á todos:

—Acordaos de que sois hijos del pueblo y á él tendréis que volver, al lado de vuestros padres.

R. CEBRIÁN.

(De *La lucha de clases*).

## Carta á Nerón

Siempre estoy dándote consejos, y eres tan poco agradecido que no haces caso de nada. Ahora la has tomado con este periódico sin comprender que está escrito con verdadera imparcialidad y *mucho aseo*, y no es cosa para que digas que «es una basura y dá asco leerlo» y otras lindezas que solo tú que no sabes apreciar nada, dice después de haberte hecho *popular* en sus columnas.

No me extraña que así hables de

él, porque el que como tú no conoce más que la *avaricia* y el *odio*, siempre trata de desprestigiar á aquel que dice la verdad; pero no quiero que te irrites ni te pongas nervioso por mi culpa, porque sería una lástima que tuvieras que gastar parte de tus ahorrillos en zarparrilla y tila. Para eso voy á decirte cosas que tu ignoras, porque no es posible que dándote como te dan náuseas, hayas podido enterarte de lo mucho bueno que EL SUDOR ha hecho por tí.

EL SUDOR DEL OBRERO te ha hecho más popular (y más cosquillas) de lo que tu crees y no cantando tus buenas obras, ni tu nobleza, ni tu talento, sino diciendo en alta voz lo mal que te conduces con todos los que están á tu alcance; tu empedernido corazón, porque á nadie quieres hacer, no un favor, sino entregarle lo que es suyo; y hasta te vanaglorias de ver á tus víctimas casi en la miseria por tu culpa; y lo imbécil y grosero que eres, porque no entiendes de nada y apenas si sabes lo que suman dos y dos, y hasta te enfadas cuando alguien te dá un consejo.

Eso ha dicho EL SUDOR; eso que á tí te ha sabido á cuerno quemado, porque así tenía que saberte.

EL SUDOR DEL OBRERO no ha contactado tus glorias, porque no son glorias dejar sin pan á dignos trabajadores que *no tienen por qué bajar la cabeza ni esconder las manos*, ni son glorias hacer chanchullos para lucrarse, ni son glorias hacer trabajar más tiempo del reglamentario á los operarios y tratarlos como á bestias, ni son glorias querer apartar la verdad de su camino, como tu has hecho para que se crean que tú dices verdad (cuando te equivocas), y que eres de entre todos el más honrado é instruido. Pero aunque grites y patalees y te de asco, ya todo el mundo te conoce y no cree en tu hipocresía.

Eso de «papelucho» lo oirías tal vez en el convento donde habrás seguramente hecho los «ejercicios»; y me creo que como *buen cristiano* que eres habrás confesado, siempre ocultando *ciertos pecadillos* que ya ni aun las ratas ignoran.

¡Ah! Parece has tenido que desistir de ser *algo* en la política, pero pierdes cuidado, que un fracaso lo tiene cualquiera; lo que puedes sentir es que se dejen venir muchos y entonces sí que va á ser verdad que te vas.

También dicen que tu Pepín quiere llegar ¡y llegará! á ocupar

un alto puesto en cualquier parte para lucir sus habilidades; así, lo mejor sería que te lo llevaras consigo; porque es una lástima que tenga que aguantar el que le digan que tiene mucha música y *mucho meneo* y no sabe escribir.

Ya ves que todas estas cosas son dignas de agradecimiento, y si no fuera *por lo mucho que yo te agradezco*, no te lo diría; pero ya ves, no quiero nada malo para ninguno de ustedes.

Ahora que ya sabes lo que EL SUDOR ha hecho *por encumbrarte* y de saber que no se puede obrar malamente con pobres obreros; ahora que has visto que aunque pobres, son honrados y no se amoldan á tus *falsedades*; ahora que has visto que han salido á la luz pública todas tus *torpezas*, tan sólo por dejarte guiar de tu soberbia y querer ser infalible en todo, fastidiando á quienes no tienen culpa de que tu seas de ese modo, puedes recapacitar bien sobre el mal que has causado y á lo que has dado lugar, para si quieres corregirte, y hacer por que no haya nunca lugar á que salgan á relucir cosas que tu te creerías que quedarían envueltas en el misterio y hasta quizás creyeras que por *temor* no se dirían.

Pero los obreros que quieren ser libres y honrados, *ven, oye y no callan las iniquidades* que un hombre cualquiera cometen con ellos ó con lo que han puesto bajo su cuidado.

Esto le hará saber que no hay que dejarse llevar de la soberbia ni se debe olvidar aquello de «*quien mal anda, mal acaba*».

RAFAEL RIVERA.

Puerto, 22-3-907.

## CRÓNICA

### De localidad, y un recuerdo<sup>(1)</sup>

#### II

Principio este segundo trabajo, ¡ay!, deshaciendo un «error histórico», y es que al recordar á D. Rodrigo, habe de decir, al hablar de las *murallas* del Guadalete, que estas le sirvieron para luchar contra los godos, y un compañero, algo fuerte en historia, me saca de este error con decirme que no fué así, sino que siendo el D. Rodrigo el último rey de los godos hispanos, las huestes que combatió fueron las sarracenas, concluyendo con esta guerra la monarquía goda en las riberas del Guadalete y entrando á dominar Africa. ¡Ay!, y aun continúa Africa dominando.

(1) Véase el número 89.

Bueno, pues salvado este error histórico que siempre para escritores de nuestra talla (!) están salvados por el estado de ánimo en que escribimos, continuaremos nuestro relato.

Aquel mismo día a que hago referencia de la entrada del anciano en el Puerto, me hallaba en la puerta de la Sociedad de Arrumbadores (calle Luna entonces), hablando con otros compañeros (sería cerca de oraciones), cuando suspendimos nuestra charla para escuchar el repique de una campana que con toda su fuerza parecía decir que sucedía algo extraordinario.

Este repique no nos extrañó por saber que en el Puerto hay muchas campanas, aunque si tenía algo de anormal, porque parecía como que una mano poco experta tañía aquella boca de bronce; pero lo que nos sacó de dudas, lo que nos puso en movimiento, fué cuando la gente, a toda prisa, caminaba para la casa del pueblo: que era de donde partían los toques como queriendo decir que se fuera allí.

En efecto, las voces que corrían por calles, plazas y establecimientos eran estas:

—Dicen que es un sabio el que está ahí...

—Un portuense que hace muchos años emigró...

—Un médico ilustre que ha venido...

Y cuando íbamos acercándonos a la «Casagrande» ya las voces daban a conocer el nombre de don Federico Rubio, nombre que, a excepción de sus pocos contemporáneos, no sabíamos si existía. Tal es la ignorancia en que nuestros directores mentales nos tienen sometidos acerca de los hombres que son dignos de grabarlos en la memoria; pues sabido es que en las escuelas populares no se enseña a los niños y adolescentes más que tonterías, premiándolos con... tonterías.

No era posible penetrar en el salón de actos. Los que fuimos tarde nos quedamos haciendo cola y, no pudimos oír la autorizada palabra de aquel maestro de la ciencia médica. Lo que se discurría sobre la visita del inmortal don Federico Rubio eran dignos elogios al sabio y filántropo portuense porque en verdad era una gloria para el Puerto que aquel «viejo», ya en el ocaso de su vida, viniera a visitar el pueblo donde nació.

Se decía que había hablado en familia y que, sintiendo impaciencia por ver su tierra, estando tan próximo a ella, se había dejado venir. Trató de algunas cosas relativas a tan larga ausencia y manifestó deseos de descansar un poco, según oímos decir, como de visitar al otro día algo del Puerto.

¿Lo dejaron visitar para cerciorarse de que el Puerto no era lo que había visto en la transformación de la Ribera?... No.

No vió los extremos de barrios que en

su tiempo estaban urbanizados, con ornato e higiene y con la alegría propia de las familias jornaleras cuando no carecen de trababaja, hoy convertidos en aduares, peores que cuando la ribera servía de dársena a las barquillas.

No paseó ningún sitio por donde hubiera podido ver algunos grandes palacios de su época, ahora parecidos a valedudinarios que toman el sol, como dijo un notable escritor, don Salvador Canals.

Los grandes templos de Baco, los muchos talleres de tonelería, trabajaderos de hilar, y aquellas que otras fábricas de cristal y de otros objetos, como «la baja mar» rebosando de barcos pesqueros en sus operaciones; nada de esto hubiera visto porque ya no existen tal como entonces, aunque si hubiera observado en los que quedan (hoy menos que cuando nos visitó), algunos de ellos, no bodegas talleres y fábricas, sino especie de hospicios, cosa parecida a asilos, en donde hombres y niños por esforzados trabajos y falta de alimentos, de nutrición sana, parecen sombras de seres racionales.

El «centro» de la población, que lo fué en la juventud del Doctor, centro de la industria y comercio «casero» donde la clase media tenía sentado sus reales; lugar que a estilo de las grandes urbes se veía concurridísimo como demostración de un pueblo lleno de vida y riqueza, al haber sido observado por aquel pensador, hubiera hallado un rincón de una «grande casa señorial» que la acción del tiempo no ha podido destruir todavía y vá refugiándose la familia en él como último amparo, pues que «altos y bajos» no existen y todo es un mismo proletariado.

Por razón de su profesión si hubo de visitar un establecimiento: el hospital, y esto le pudo dar una idea de lo pobre que es este Puerto en todo lo que se trate, pues no encontró en él, el instrumental que necesitaba para toda clase de operaciones que hay que hacer, (debido a la munificencia del digno don Federico Rubio hoy lo tiene, pues que regaló un arsenal completo; digo si es que existe y no se lo han llevado) y, por entendimiento de algunos galenos, al presentarle un enfermo de cirugía para que le observara, vió que hacía estancia en una sala de enfermedad: comunes y por lo tanto contagiosas algunas, a lo que hubo de hacer las reconvenciones propias ante ignorancia tan supina, ó ningún cuidado para con los pobres; pues sabido es que la higiene entra mucho, ó es factor importante en toda clase de enfermedades y que éstas se deben de separar.

(Continuará).

A. RENATO.

## Tres edificios

Con la cabeza llena de cavilaciones, el estómago vacío y las manos metidas en los bolsillos, paseaba y tomaba el sol al mismo tiempo, por los alrededores de la Plaza de Toros.

Mis pensamientos en aquellos momentos eran buscar donde alquilar mis brazos, desocupados ya hacía dos meses; por mucho que buscaba de entre los ricos que podrían darme trabajo, no encontraba ninguno; todos se negarían, todos me dirían que tenían hombres de sobra.

Alguno me alquilaría dándome un sueldo mezquino a cambio de 12 ó 14 horas de trabajo; pero ese sueldo tan miserable no me serviría para nada; mis fuerzas se agotarían por el exceso de trabajo y la falta de alimento; el casero, el panadero, el tendero y todos los que me habían facilitado algunos medios para no morir de hambre acudirían como perros hambrientos y se repartirían el puñado de céntimos que ganara.

Esta idea me hacía temblar: ya veía a los míos medio muertos de hambre y frío, y pareciéndome verdad todo lo que mi mente había fraguado, me indigné contra todos y reolví no ir a ofrecerme por un jornal tan corto, para no ver palpable el cuadro que me había imaginado.

Sin darme cuenta había cogido por entre una calle de árboles y pude ver el edificio que sirve de asilo a los ancianos pobres.

En su puerta se lee: «Bendita sea de Jesús, María y José etcétera, etc.». Todos piden y hasta para pedir invocan los nombres de gentes desconocidas.

Aquel grande edificio que encierra hoy a un centenar de ancianos de ambos sexos y una porción de beatas pedigüeñas, había sido antes una soberbia bodega en la que muchos obreros ganaban el pan que hoy les faltan.

Aquel templo de Baco, fué destruido para hacer sobre el suelo que aguantó tantos miles de arrobas de riquísimo vino, una casa-templo donde dan albergue y sopas a los infelices que no pueden estar al lado de sus familias, a cambio de escuchar muchos sermones y de rezar casi todo el día.

Me aparté de aquel sitio y fijé mi vista en aquel otro de tantas ventanas, por las cuales sale el eco de la música y de las voces en los días de corrida.

¡Cuánto terreno! ¡Qué hermoso sería destruir esto que solo sirve para embrutecer á los hombres y hasta hacerlos á veces criminales y con esos mismos materiales construir una soberbia casa donde se diera educación y albergue al que lo necesitara de tanto niño como está farto de estudio, vestido y alimento!

¡Que útil sería para todos establecer talleres de todo lo que hace falta, para así aprender al mismo tiempo que á leer, escribir y contar, á manejar el pincel, la máquina... el desarrollo en fin, del hombre...!

Continué andando y, mi cerebro ardía de tanto cavilar, cuando el «Colegio de San Luis Gonzaga» interrumpió mi marcha. Aquel vasto edificio es albergue de los jesuitas; allí acuden los adinerados á recibir bendiciones y sanos consejos de sus negros moradores; allí llevan para que los eduquen á sus hijos; allí entra el oro que nos roban á nosotros; allí hay de todo lo bueno que nosotros escaseamos; pero aunque haya mucho bueno de sobra, no sale nada para protegernos solo sale el consejo del jesuita al burgués para que disminuya nuestro jornal y aumente las horas de trabajo, para que nos obligue á abandonar la sociedad de nuestro gremio y vayamos á la iglesia; para que á nuestros hijos no se eduquen en tal ó cual escuela; para que nos sitien por hambre y solo ellos sean los que gocen del producto de nuestro trabajo, mientras nuestras familias padecen hambre y frío.

He aquí tres edificios que dicen claramente el estado del Puerto y de toda España:

Un Asilo donde tienen que ir los infelices á quienes por su edad ya nadie les da trabajo y sus hijos no pueden darle un pedazo de pan.

Una Plaza de toros, donde sólo se vé sangre y se escuchan maldiciones los días de corrida.

Un Colegio-convento, donde moran la usura, el vicio, el odio á la libertad del pensamiento y solo se trata de la destrucción del género humano.

Tres edificios de valor, pero que solo sirven para labrar la ruina de los pueblos, embruteciéndolos y explotándolos á cambio de sangre y bendiciones.

Por culpa de estas plagas, todo es ruina y se niega trabajo á los obreros que se ven precisados á

emigrar para no ser víctimas de explotación tan inicua y morir de hambre.

RAFAEL RIVERA.

## Victoria y castigo

La primera la ha alcanzado la Sociedad de Marmolistas y Pulidores de San Sebastián, y el segundo le ha recibido Antonio Uresti, principal causante, por su traidora conducta, de la pérdida de la huelga que dicha colectividad declaró para obtener la jornada de ocho horas.

Por su vil proceder logró dicho individuo el puesto de encargado en el taller del Sr. Altuna.

Asociado todo el personal de esta casa, no hay que decir cómo miraría al tal sujeto.

Así es que una injusta reprobación de éste á un operario, hizo que todos se pusieran de acuerdo para reclamar su despido.

Y en efecto, encargaron del asunto á la Sociedad, la cual nombró una Comisión, que se avistó con el patrono. Resistióse éste bastante, pero como los comisionados le dijeron que si no atendía la reclamación todo el personal abandonaría la casa, les respondió:

—Entonces, mirando por mis intereses, cedo, y Uresti deja de ser encargado.

Y Uresti, el mal compañero, el traidor á la causa del trabajo, se encuentra hoy en la calle.

(Se ruega la reproducción en los periódicos obreros)

## Las ordenanzas municipales

Como era de esperar el Ayuntamiento de este Gran Puerto de María Santísima, acordó en sesión celebrada el mes pasado, que los ejemplares que se imprimieran de este «Código urbano» se repartieran para conocimiento del mismo, entre entidades ó colectividades de la población, y empleados de la misma.

Este asunto que lo promovió un señor concejal hace unos seis meses, con aplauso de todos los que componían el Concejo no se ha resuelto hasta hace poco por pedirlo nuestro compañero, en vista que dichas «Ordenanzas» estaban impresas desde hace mucho tiempo, y ya nadie se acordaba de ellas; ni hasta el padre de la criatura. Pero fíjense bien todos aquellos que se consideren acreedores de pedir cuentas á una Corporación que debe de velar por los intereses que se les encomiendan.

Nuestro amigo, al poner á la orden del día la distribución de esos ejemplares, le guió la idea, como á su autor, de que al gastar dinero y tiempo no fuera en balde, y que los llamados á conocer y poner en práctica el citado «Código» lo poseyeran,

no gratuitamente y con abandono, sino pagándolo y exigiéndosele su presentación y estudio, porque de él dimana el haber que gozan todos los que viven y medran de los intereses del pueblo.

El concejal socialista que no puede pecar de sospechoso ante los «obreritos» empleados, porque los considera como tales obreros, y en lo que es de justicia, siempre ha pedido por ellos, sostuvo el criterio de que á igual que cualquiera otra colectividad, los encargados de administrar, tomen el nombre que tomen, son los primeros en proveerse de los documentos que les son competentes y no puede pasar que graciosamente se dé unos dineros á individuos que tienen la obligación, el deber, de haber sido los primeros en solicitar el documento que nos ocupamos.

Por «modestos empleados» quieren hacer pasar á todos los que gozan de sueldos en el Ayuntamiento para eximirlos de alguna carga, y esto para los demás obreros que pasan miles de vicisitudes antes patronos déspotas y gobiernos tiranos es una gran figura, porque esos «modestos empleados» descontando muy pocos, poquísimos, son los «obreritos» que mejor retribuidos están en sus labores, los que con más facilidad sacan á su prole adelante, hasta dándole carrera, los que mantienen más expansiones ó si se quiere vicios; los que suele hacerse propietarios, aunque no den la cara y los que más se rien y se moñan de los hombres que con investidura popular van á la Casa del pueblo.

«Obreros» que en tales condiciones se hallan, porque esto es *vox populi*; «trabajadores» que si dicen que no le pagan no se rebelan contra el patrón; «asalariados» que toman posturas según la persona con quienes tratan; «parias» que cuando tienen por conveniente no concurren á sus obligaciones porque se ocupan en negocios, profesiones ó artes que poseen, días, semanas y meses sin perjuicios de cobrar sus haberes; en suma, que se desprenden de dos pesetas para hacer regalo á alguien que no lo necesita esto no se ha llevado á cabo como se propuso en el pasado mes por haber habido algunas protestas), no creemos que sean tan «modestos» para eximirlos de 50 céntimos y se les haga como obligación que el tal documento sea la cédula personal para el cobro, porque de esta manera al menos lo respetarian, ya que no lo estudiaron, y no sería papel tirado á la calle.

## CONVOCATORIA

En sesión celebrada el día 22 de los corrientes en la Sociedad de Toneleros y á propuesta de varios compañeros, se acordó por unanimidad celebrar asamblea extraordinaria el día 14 del próximo mes de Abril á las doce para tratar de asuntos de interés, por lo que se recomienda la puntual asistencia á todos los compañeros.

La Directiva.